



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Historia cuantitativa, historia económica e historial: Algunas consideraciones sobre la historiografía Francesa de hoy

Autor:

Romano, Ruggiero

Revista:

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

1995, 28 - 61-69



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

HISTORIA CUANTITATIVA, HISTORIA ECONOMICA E HISTORIA: ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA HISTORIOGRAFIA FRANCESA DE HOY

por

*Ruggiero Romano**

E.H.E.S.S. - París

Colegio de México - México

Me permito comenzar esta corta exposición expresando una duda: tengo la impresión de que durante estos últimos años se ha creado (¿de forma interesada?) una gran confusión entre historia serial, historia económica e historia a secas.

Un joven historiador francés que ha reunido ya una obra importante: Bernard Lepetit, expresó recientemente un juicio que no me siento absolutamente tentado de compartir: "la historia cuantitativa ya no está de moda"¹.

Mi primer comentario es el siguiente: ¿cuándo ha estado "de moda"? Quiero decir: ¿cuándo se han acumulado cifras por el simple placer de acumularlas?. Existen, por supuesto, algunos casos: por ejemplo, el de Nina Ellingher Bang² que, en volúmenes enormes reunió toda la documentación estadística sobre tráfico naval del Sund sin acompañarla del menor análisis. Dejemos de lado el hecho de que esos casos -rarísimos- de mera recolección documental datan de finales del siglo pasado y comienzos del nuestro. Queda el hecho que esos esfuerzos no están desprovistos de interés porque es necesario reconocer que la empresa de Nina Ellingher Bang es tan meritoria como la de los grandes eruditos que desde los siglos XVII y XVIII han publicado documentos diplomáticos, religiosos y genealógicos.

Dicho esto, ¿verdaderamente se podrá decir, con toda honestidad, por ejemplo, que las colecciones de la gloriosa VI sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios que, entre 1950 y 1970, han publicado las obras de Huguette y Pierre Chaunu, de Franc C. Spooner y de tantos otros, responde solamente a una "moda"? Yo no lo creo así.

* Traducción de Hilda Iparraguirre

¹ B.LEPETIT. La historia cuantitativa: dos o tres cosas que sé de ella. En A.Tortolero (Ed), *Estudios Históricos I*, México, 1993, p.15

² *Tabeller over Skibsfart og Varetransport gennen oresund*, vol.I, Kobenhaven und Leipzig, 1906

Brevemente, querría explicarme al respecto con pocos ejemplos. El libro de F.C.Spooner³ ofrece una cantidad imponente de datos sobre la acuñación monetaria en Francia. Pero que yo sepa, la publicación de esta masa documental constituía simplemente la base que él utilizó después para estudios sucesivos de la circulación de metales preciosos en Francia, Europa y en el mundo. Es decir que la historia cuantitativa, la historia serial no era para Spooner otra cosa que un antecedente para el estudio de un problema, de un gran problema, que contrariamente a lo que se puede creer, no correspondía a una moda.

Imagínense: al origen de ese problema encontramos ya en la Edad Media la obra de Nicolas Oresme, y después la de Bodin, de Malestroit, de Hume, de Smith, de von Humboldt... Volver sobre los grandes problemas que los "clásicos" nos han dejado no me parece corresponder a una "moda"; es por el contrario, una forma muy correcta de construir un "objeto" de investigación de forma conciente. Una sana costumbre que desgraciadamente se ha perdido un poco en estos últimos tiempos.

La obra de los Chaunu. Es cierto que los primeros ocho volúmenes de Huguette y Pierre Chaunu, pueden parecer un perfecto ejemplo de historia cuantitativa pura, bastante similar a los volúmenes de Nina Ellinger Bang de los cuales hablé antes. Pero se olvida que a los volúmenes de historia serial le siguen los tres volúmenes de análisis firmados solamente por Pierre Chaunu. Allí también, la historia serial no es un fin en sí misma. Por el contrario, se presenta como el antecedente necesario al estudio de por lo menos dos problemas muy amplios: el del comercio intercontinental y el de los ciclos. ¿Tendría acaso que recordar que esos problemas tampoco corresponden a una "moda" porque desde el siglo XVIII por lo menos (para el comercio) y el XIX (para los ciclos) una gran cantidad de sabios se han interesado en esos problemas?. Y qué sabios: de nuevo Adam Smith, David Hume y después Tomas de Mercado, Capmany y la lista podría continuar; por lo que hace a los ciclos -dejando de lado las siete vacas gordas y las siete vacas flacas de la tradición bíblica-, incontestablemente el primer ciclo histórico del que se tenga noticia, ¿puedo adelantar solamente los nombres de Juglar, Kuznetz y Kondratieff?.

¿Intentar responder a toda una serie de preguntas planteadas por personajes de este tamaño revela solamente una "moda"?.

En fin, ¿cómo olvidar que a veces las aclaraciones aportadas por la historia serial han finalmente contribuido al avance de las ideas?. Por ejemplo, es la historia primero serial, después económica de Earl J. Hamilton la que aportó a Lord Keynes un importante estímulo para la elaboración de su teoría cuantitativa de la moneda.

En suma, me parece que no hubo casi nunca una historia cuantitativa (o serial) que no haya desembocado en una historia económica. Ahora bien -aunque no le guste a algunos-, esta historia siempre ha tenido atrás de ella un patrimonio de ideas sobre las cuales sus detractores⁴ harían bien en reflexionar. De lo contrario, hay que decir

³ **L'économie mondiale et les frappes monétaires en France, 1493-1680**, Paris 1956

⁴ Así, por ejemplo, el 9 de diciembre de 1993, durante un encuentro conmemorativo del malogrado Witold Kula, un conocido historiador tuvo el descaro de declarar que la historia económica entró en crisis en Francia a partir de los años 60' porque "elle n' avait plus d'idées" (no tenía más ideas). Ese historiador haría bien en fijarse en la miseria conceptual de la "nouvelle histoire" en la cual él se revuelca desde hace una veintena de años.

abiertamente que lo que se quiere cuestionar no es la historia cuantitativa sino simplemente la historia económica. Y si ese es el proyecto, digamos que es peligroso, porque la historia económica, incluso en sus contradicciones y fracasos sucesivos, ha sido y continúa siendo una extraordinaria materia de reflexión para cada época enfrentando sus propios problemas: Fogel, el padre de la New Economic History -de quien ciertos espíritus "brillantes" se burlaban hace algunos años- acaba de recibir el premio Nobel de economía. Más asombroso aún, son las preguntas que se plantean hoy a ambos lados del Atlántico, ciertos economistas desconcertados por la impotencia de buena parte de las teorías económicas modernas para explicar la crisis mundial. ¿Habría acaso que tomar más en serio esos modelos cíclicos que siempre se han considerado extraños a la lógica del cálculo económico, como la obra un poco fantástica de historiadores atentos a sus curvas de precios?

Pero querría agregar que la historia económica no sólo desemboca en la economía; es una apertura indispensable a todas las ramas de la historia. Y es precisamente sobre este punto que quiero expresarme.

Uno de los rasgos esenciales de la historiografía francesa -sobre todo (pero no exclusivamente) a nivel de sus figuras mayores- es a mi criterio su amplitud de puntos de vista. Un Lucien Febvre dio pruebas de una curiosidad universal que va de la geografía histórica a la historia religiosa, de la historia económica a la historia administrativa, de la historia de la sensibilidad individual a la de las mentalidades colectivas. Un Marc Bloch está perfectamente en su elemento ya sea que se ocupe de los **Caracteres originales de la agricultura francesa** o de los **Reyes taumaturgos**. Henri Pirenne -y pienso que nuestros amigos belgas no me reclamarán si lo pongo al lado de Febvre y Bloch- no es solamente un gran historiador de la economía, sino también de la cultura y de la política. Del mismo modo, me parece imposible reducir Fernand Braudel solamente a la historia económica en tanto sus páginas sobre el barroco o sobre la civilización italiana de los siglos XVI y XVII, o sobre la literatura de América del Sur siguen siendo inigualadas.

Ahora bien, esta tradición no se ha perdido. Es cierto que los partidarios de la "nouvelle histoire" se han alejado de ella, pero no dejan de ser una minoría (aunque sea ruidosa) y a mi entender lo que hacen no es más que seguir modas (esta vez, la palabra se impone). Pero si se examina la parte más viva de la historiografía francesa actual, se percibe que la vieja tradición de la observación de un objeto histórico desde varios puntos de vista, permanece viva.

Recurriré solamente a algunos autores que cubren con sus investigaciones sectores bastante diferentes: Dagon, Toubert, Lombard.

Toubert, profesor del Colegio de Francia, reconocido de forma unánime como el mejor medievalista francés contemporáneo, ha escrito **Le Latium médiéval**⁵. Ciertamente no soy yo el único que dice que se trata de una obra admirable. Admirable exactamente porque el análisis económico se entrelaza con el análisis político. Estamos frente a una verdadera síntesis (en lo que esa palabra significa) en la cual todo sirve de soporte a todo y en la cual existe una verdadera imbricación de elementos.

⁵ Paris, 1971

Me resulta difícil encontrar las palabras para hablar de Dagron, también profesor del Colegio de Francia. Su libro sobre Constantinopla⁶ constituye a mi modo de ver (y no solamente el mío) un verdadero modelo de historia de una ciudad en todas sus dimensiones: económicas, sociales, culturales, políticas, urbanísticas. Una vez más nos encontramos ante una obra de extraordinaria complejidad, pero una complejidad que se desvanece gracias a la fuerza de una exposición clara y segura.

Por fin, Denis Lombard. Su reciente libro⁷ sobre la encrucijada javanesa constituye un modelo de historia global en la cual -mediante un juego de vaivén cronológico de larga duración- la cultura, la política, la economía, las estructuras sociales del espacio javanés (en sentido fuerte) se nos aparecen en su muy compleja articulación.

Tres libros a los cuales es necesario agregar toda una obra realizada en artículos, "pequeñas" investigaciones, reseñas, todos admirables por su erudición y su inteligencia⁸.

Encontrarán excesivo mi entusiasmo. Pero no lo es en absoluto. El hecho es que siempre he tenido la costumbre de juzgar los libros no por el ruido mediático que levantan, sino por sus alcances intrínsecos. Y a este alcance lo valoro de la manera siguiente: a un joven argentino que prepara su tesis de doctorado sobre Buenos Aires en el siglo XVII ¿vale la pena aconsejarle leer el libro de Dagron?, pienso que sí. De la misma manera que aconsejé los trabajos de Finley sobre la esclavitud en el mundo clásico o el *Mediterráneo* de Fernand Braudel a los sudamericanos, o el libro de Toubert a jóvenes griegos que preparaban su doctorado sobre la población del norte de Grecia al final de la edad media. Y esto no para ofrecerles un "modelo" a copiar sino una fuente de reflexión sobre el modelo local que ellos tenían que construir. Naturalmente, hay devoluciones: así, propongo la lectura de los trabajos de Luis González y González sobre la micro historia a jóvenes europeos que se interesan, de manera seria, en problemas similares o aconsejo el estudio de esa obra maestra mal conocida en Europa que es la *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada a todos los que se interesan en el estudio de grandes espacios semivacíos. En suma, quiero decir que para mí, el gran libro es el que enseña cosas, muchas cosas, incluso a la persona que no tiene un interés inmediato en el sujeto del libro en cuestión. Un libro es verdaderamente grande no sólo por las respuestas que proporciona al especialista del sujeto del que trata, sino por todo lo que es capaz de sugerir a los no especialistas. Y en ese sentido, creo que no hay historiografía más rica que la francesa.

Intentemos ver claro.

La historiografía francesa del siglo XX presenta un abanico rico y variado. Pero me limitaré a examinar sólo cuatro nombres: Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel

⁶ *Naissance d' une capitale - Constantinople et ses institutions de 330 a 451*, Paris 1974

⁷ *Le carrefour javanais - Essais d'histoire globale*, 3 vols., Paris 1990

⁸ Así, por ejemplo, cfr. el bello artículo de P. TOUBERT, "Les status communaux et l'histoire des campagnes lombardes au XIV^e siècle", en *Mélanges d'Archeologie et Histoire*, Ecole Française de Roma, 1960, pp.397-508; G.DAGRON, *Constantinople imaginaire-Etudes sur le recueil des "Patria"*, Paris 1984

y Alphonse Dupront. Y una gran revista: Los Anales (naturalmente, los Anales entre 1929 y 1971)⁹. Es poco y es enorme porque creo que hay pocas historiografías en el mundo que pueden presentar tal riqueza. Tanto más que esos historiadores no son icebergs aislados emergentes de un mar totalmente vacío. Si los nombres que he hecho eran los “grandes maestros”, había también una cantidad de “pequeños maestros” (empleo estas palabras en el sentido de la historia del arte)¹⁰: de Simiand a Hauser, de Labrousse a Bataillon, a Renaudet. Ciertamente, la lista no está completa y me excuso. De la misma forma, al lado de los Anales existe una cantidad de revistas: de la *Revue de Synthèse* a todas las revistas llamadas “locales”, pero que eran (y algunas continúan siéndolo) de una gran calidad: desde *Annales de Bourgogne* a los *Annales du Midi* pasando por los *Annales du Nord* (y la lista es inclompeta).

Examinemos un instante este conjunto.

De los cuatro nombres que he indicado, dos, Marc Bloch y Fernand Braudel, siempre se han adherido abiertamente a la historia económica; Lucien Febvre siempre declaró un interés pronunciado por ella; en fin, a Alphonse Dupront le ha sido totalmente extraña. No ha habido, entonces, ningún imperialismo de la historia económica sino muy simplemente una cohabitación muy correcta. Y es absolutamente normal que fuera así. Los cuatro hombres tenían, todos, un sentido muy vivo de la apertura hacia otras disciplinas: la geografía (Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel); la antropología (Alphonse Dupront); la sociología (Braudel y Dupront); la sicología (Lucien Febvre y también Alphonse Dupront). Y cuando digo “apertura hacia las otras disciplinas” no me refiero a esos vagos mensajes, esos llamados a lo interdisciplinario que no parecen sino constituir mero oropel. Vean el gran libro de Alphonse Dupront *Le Sacré* y tendrán un ejemplo concreto, verdadero, de cómo se realiza una investigación en la cual confluyen historia, sociología, antropología. Vean el no menos gran libro de Lucien Febvre *La terre et les hommes*, y tendrán el modelo de una gran investigación a caballo entre la historia y la geografía. Tomen *Les caracteres originaux de l'agriculture française* de Marc Bloch (sin duda su libro más grande) y se comprenderá que la integración de geografía, economía, historia, historia de las técnicas es una empresa muy ardua más no imposible. En fin, sin hablar de la admirable interpretación de la historia y la geografía en la primera parte del Mediterráneo de Fernand Braudel, ¿cómo olvidar su artículo genial sobre *La Longue Durée*, dónde confluyen antropología y sociología, historia económica e historia de la literatura y del arte, sociología y economía? Ciertamente, no es producto del azar si ese corto artículo ha sido y continúa siendo todavía una fuente de reflexión para los antropólogos, geógrafos, sociólogos, historiadores y economistas. Y esos hombres estaban siempre

⁹ Al respecto de este límite cronológico me permito referirme a ROMANO. *Les “Annales”, hier et aujourd’hui, en Revue européenne des sciences sociales*, XXI, 1993, nro.96, (trad. en español en A.Tortolero, cit., pp.31-37).

¹⁰ En ese sentido, querría recordar la frase que me dijo un día Lucien Febvre: “en un siglo hay tres, cuatro, cinco grandes maestros: han tenido una idea en su vida; están los pequeños maestros que tienen tres, cuatro ideas a lo largo de su existencia; al fin, están los cretinos que tienen una idea cada día”.

dispuestos a reconocerse los unos a los otros, sin importar cuales fuesen sus campos de estudio. Su tolerancia era natural porque creían en una historia global. Cuando Alphonse Dupront llega a hablar con Fernand Braudel de su proyecto de investigación sobre la cruzada, Braudel “el economista” se entusiasma y lo alienta vigorosamente.

¿Qué queda de ese gran capital?

Hay que desconfiar de las apariencias. En el plano mediático, incontestablemente, un cierto reflujo se manifiesta. Pero no hay que exagerar. De otra forma, cómo explicar el resurgimiento de Alphonse Dupront de quien se comienzan a publicar inéditos y ensayos perdidos en revistas semi clandestinas; o si se publica en libros de bolsillo la gruesa obra de Fernand Braudel; si se traduce a este último en el extranjero como antes jamás lo había sido: *El Mediterráneo* apareció, después de las primeras traducciones al italiano y español (en 1953), en polaco y en inglés (1976), en griego (1991), en holandés y en alemán (1992), en turco (1989) y en chino (1994). Y podría indicar un cuadro semejante para los *Ecrits d'histoire* o para *Civilisation matérielle et capitalisme*. En resumen, si hay un cierto olvido mediático, éste se refiere sólo a una parte limitada y bastante pomposa de estos famosos mass media (televisión y semanarios que pretenden ser siempre “novedosos”, en su incapacidad de hacer algo verdaderamente nuevo). Para el resto, es decir para lo que es la “*republica literarum*” y su instrumento privilegiado de difusión: el libro, no hay ningún olvido.

Pero de todas formas, es legítimo plantearse la cuestión de saber en qué medida por lo menos una parte de esta gran tradición permanece viva todavía.

Sería muy fácil recordar los nombres de Pierre Jeannin, Pierre Chaunu, Luigi Aurigemma, Jean Delumeau, Louis Bergeron, y tantos otros en Francia y el extranjero. Pero creo que hay por lo menos dos razones para no incluirlos en nuestra discusión actual:

a) en primer lugar, tomar un conjunto demasiado grande de nombres en poco tiempo nos hace correr el riesgo de crear confusiones.

b) se trata de personas que han estado directamente vinculadas a Braudel o Dupront y sería entonces posible que se me reprochara haber elegido el camino fácil.

Creo entonces más idóneo volver sobre uno de los nombres (Denis Lombard) que cité antes e introducir otro (Michel Morineau) que me parecen constituir un ejemplo magnífico de la transmisión de la herencia de la gran tradición de la cual hablé precedentemente. Pero me falta precisar inmediatamente el sentido de la palabra herencia. Como decía Goethe: “una herencia no será jamás tuya en tanto no la hayas hecho tuya” (pido disculpas, cito de memoria). Quiero decir que se trata -en el caso de los nombres que indico- de una forma **activa** de heredar; de recuperar una lección no para repetirla de forma **pasiva** sino para nutrirla de sangre nueva; de establecer un **cambio** (y subrayo la palabra) en la continuidad; en suma, respetar a los Maestros del pasado pero sin transformarse en alumnos **pasivos** (lo que a mí me gusta llamar los servilleteros).

Denis Lombard desde el subtítulo de su libro se adhiere a una “historia global”. ¿Qué significa esa palabra de evidente influencia braudeliana?. Ciertamente Denis Lombard conoció a Fernand Braudel (tanto directamente como a través de su padre,

el lamentado Maurice Lombard, un maravilloso medievalista y gran amigo de Braudel); sin duda leyó sus obras más importantes (*El Mediterráneo* y *El Capitalismo*) que por otra parte aparecen en la bibliografía de su libro, pero es difícil afirmar que es “alumno” de Braudel. Es suficiente pensar que el espacio que constituye el terreno de investigación de Denis Lombard no fue jamás un campo de trabajo de Fernand Braudel... En suma, si se quiere evitar toda referencia personal se puede decir que Denis Lombard es un maravilloso heredero de los Anales. Lo podemos juzgar viendo cuánto supo penetrar en la complejidad de la “globalidad”, de la “totalidad” histórica. Porque él comprendió perfectamente el sentido de “globalidad”, de “totalidad” y se puede muy bien decir que fue más lejos que el mismo Braudel en ese terreno.

Sobre la “globalidad” procreada por los Anales [naturalmente los “viejos” Anales porque los “novedosos” la rechazan] se han acumulado una cantidad de equívocos, el más banal consiste en creer que para estudiar cualquier problema histórico es necesario abrirse a la historia universal... Naturalmente, no se trata de eso para nada. La exigencia que Braudel manifestó era más simple y más compleja: en su pensamiento, se trataba de observar un fenómeno histórico a partir de una multiplicidad de puntos de vista y de campos disciplinarios. Y Denis Lombard retomó esta exigencia dándole cuerpo de una forma extraordinaria. Es así que lingüística y arqueología, geografía y sociología, historia del presente e historia muy antigua entran en juego. Porque Denis Lombard no se conforma con practicar una historia global sino que la considera en la larga, la muy larga duración. No sabría resumir mejor la admiración que tengo por ese libro que diciendo que después de su lectura pensé en el título de la reseña de Lucien Febvre sobre *El Mediterráneo* de Fernand Braudel: “un libro que crece” (se engrandece)... Esta obra testimonia la persistencia activa de una gran tradición historiográfica, de Bloch a Febvre, a Braudel. Y agregaré aquí el nombre de Maurice Lombard, desaparecido muy pronto para poder haberse manifestado en sus reales dimensiones de gran maestro.

El libro de Michel Morineau¹¹ entra, si se quiere, en un horizonte más clásico de historia económica. Pero no es necesario entender este adjetivo “clásico” en un sentido limitativo porque, en realidad, se trata de uno de los libros más revolucionarios de la segunda mitad del siglo XX. ¿De qué se trata?. Ya hice alusión al libro de Earl J. Hamilton¹². El gran historiador americano proporcionó una serie de cifras relativas a las cantidades de metales preciosos llegados a España entre 1500 y 1650. La curva que construyó representa una campana de Gauss perfecta: ascenso continuo hasta fin del siglo XVI; seguido por la caída. Sobre el gráfico de Hamilton se han construido una cantidad de teorías más o menos válidas. Ahora bien, Michel Morineau demostró que la curva de Hamilton es errónea para el período a partir de 1600¹³ y que en realidad las

¹¹ *Incroyables gazettes et fabuleux métaux*, Paris-Cambridge (Mass.) 1985

¹² *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Cambridge (Mass.) 1934

¹³ A este respecto, séame permitido referirme a R.ROMANO, *Conjontures opposées. La “crise” du XVIIe siècle en Europe et Amérique Ibérique*, Genève 1992, pp.110-116. (Traducción al español F.C.E., México 1993)

llegadas de oro y (sobre todo) de plata continúan la más bella pendiente durante todo el siglo XVII.

Observen que esto no constituye un detalle, que puede interesar solamente a algunos especialistas en una disputa por algunos quintales de plata de más o de menos¹⁴. El problema, en realidad, es mayor porque en suma, lo que está en tela de juicio, entre otras cosas, es la teoría cuantitativa de la moneda, es decir uno de los puntos determinantes de la economía, al menos de una cierta economía.

Este problema de los metales preciosos americanos ha llamado la atención desde el siglo XVI porque -contrariamente a lo que algunos piensan- se trata de un problema verdaderamente fundamental no sólo de la investigación histórica sino de la economía monetaria, es decir de algo que involucra nuestra vida social de todos los días. Ahora bien, el libro de Michel Morineau aporta una cantidad de elementos que permiten reexaminar ese problema, verlo desde nuevos ángulos, intentar arribar a conclusiones diferentes a las que una tradición más que respetable, pero indiscutiblemente vieja, nos ha legado.

Como se puede observar no he citado nombres de americanistas y confieso que no se trata de un azar. Me habría sido fácil citar los nombres de Rivet, Soustelle -para el pasado- y de Wachtel o Guerra o Mauro -para el presente-. Pero eso nos habría introducido en un campo especializado (si bien confieso no haber comprendido jamás la diferencia que algunos establecerían que hay entre un historiador y un americanista, o un sinólogo, o un arabista, pero eso es otro asunto) y es posible que eso habría vuelto mi discurso más complicado y por ende más frágil.

A pesar de eso se me permitirá ocuparme del último libro de Nathan Wachtel¹⁵ que, a mi modo de ver, constituye no sólo una de las más bellas contribuciones de la historiografía francesa a los estudios americanistas sino también un bello ejemplo de cómo se puede recuperar una herencia enriqueciéndola.

A primera vista, es difícil ligar Nathan Wachtel a la tradición de los Anales, porque Nathan Wachtel declara abiertamente ocuparse de etnohistoria: ahora bien, si ha habido interés -sobre todo en Braudel- en las relaciones entre antropología e historia, es necesario reconocer que la etnohistoria de Nathan Wachtel tiene poca relación con las preocupaciones braudelianas¹⁶. Pero dicho esto es necesario reconocer que el libro de Nathan Wachtel representa una muy bella (y concreta) aplicación de la "larga duración" braudeliana¹⁷.

¹⁴ Querría aquí rendir homenaje a la gran honestidad intelectual de F. Braudel que patrocinó entusiastamente la publicación del libro de M. Morineau aunque ponía en dificultad ciertas conclusiones a las cuales F. Braudel había arribado en *El Mediterráneo*.

¹⁵ *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie, XXe-XVIe siècle. Essai d'histoire régressive*, Paris 1990

¹⁶ Pero es necesario precisar que la etnohistoria de Nathan Wachtel no tiene nada que ver con la moda (ésta sí verdaderamente una moda) de la etnohistoria de la cual los Anales de las últimas dos décadas se regodean: la prueba, si se considera el hecho que N. Wachtel para distinguirse emplea la expresión "historia regresiva" en el subtítulo de su libro.

¹⁷ El muy fino comentario es de B. Lepetit en una comunicación presentada a un encuentro de estudios braudelianos en París el 20 de junio de 1994

Querría subrayar que no se trata de establecer filiaciones directas: lo dije y lo repito, no quiero a los buenos alumnos. Pero me parece importante subrayar cuánto persisten -desarrolladas, mejoradas, enriquecidas- las ideas rectoras de toda una cierta tradición historiográfica francesa. Intenté demostrarlo en el cuadro del filón de los Anales de Bloch a Febvre, a Braudel. La demostración, es cierto, podría haber sido más larga: el lector me disculpe si me he parapetado en un espacio cultural que a mis ojos tiene una importancia particular.

También sería posible reprocharme que me he atrincherado mucho en la historia económica. Lo reconozco. Y diría que la deformación profesional existe y que constituye, en cierta forma, un derecho. Pero sería demasiado fácil conformarse con lo que a justo título se podría considerar una especie de broma. Me permitiré, entonces, un discurso un poco más largo, más articulado y en el cual espero no introducir esta famosa deformación profesional.

Creo en la gran historia porque estoy convencido que sin ella no hay historia a secas¹⁸. Ahora bien, me parece -y para mí constituye una verdad difícilmente discutible- que es posible arribar a través de la historia económica a la gran historia, a la historia total, a las síntesis históricas. Aclaro una vez más que por historia total, gran historia, síntesis, no entiendo historias universales sino obras con una respiración amplia, con aliento profundo. Y lo que yo pienso es que son los historiadores de la economía capaces de ir más lejos de la simple historia de su especialización. Diría que -al menos durante el siglo XX- son los historiadores inclinados sobre las preocupaciones económicas los que han sido más capaces que otros de ocuparse con un cierto éxito de otros espacios. Es el Pirenne de la historia económica quien después fue capaz de darnos grandes páginas sobre la cultura de Flandes; es el Marc Bloch de la historia económica quien pasa a los reyes taumaturgos (y no a la inversa); es el Braudel de la historia económica quien traza el gran fresco de la historia de la civilización italiana de los siglos XV a XVII; es Jean Delumeau que en Roma del siglo XVI examina los graves problemas del miedo y de la seguridad. Pueden estar seguros: de lo que acabo de decir no saco ningún argumento para no se qué imperialismo de la historia económica, porque sé muy bien que existen casos opuestos (¿cómo no pensar, por ejemplo, en Federico Chabod?). Pero de todas formas, me parece que es difícil replicar a lo que acabo de decir. ¿A qué atribuir esta “fuerza” de la historia económica?. No creo que el mérito sea endógeno y pienso que hay que buscar la causa en el hecho de que durante el siglo XX la economía ha condicionado cada vez más todos los aspectos de la vida: la política, lo político hoy está hecho en una proporción antes inimaginable, exactamente de economía. Tomen estas reflexiones como quieran. Pero de todas formas resta por concluir que tanto en el campo de una fuerte especialización como en el de la reflexión historiográfica más amplia, la historiografía francesa -fuera de las modas contingentes- permanece todavía hoy ejemplar.

¹⁸ Como decía Edmond Faral en 1942: “es el miedo a la gran historia el que ha matado la gran historia”, citado por F.BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*, Paris 1949, p.XIV